
Obras de caridad

29/09/2019



Desde el volante, un señor entrado en años me dice: «¡Los adelanto hasta Carlos Tercero e Infanta!»

Yo, entre la sorpresa y la desconfianza, no sabía si me estaban ofreciendo botella o una carrera a pagar, y trato de reconocer el rostro de quien me habla, pero el hombre, al darse cuenta de que lo estaba escudriñando de manera rara, me aclara: «Es que hoy no he hecho mi obra de caridad. Suban, que los llevo».

No salía de mi sorpresa. Siempre he confiado en el ser humano, y me niego a pensar que los cubanos hayan perdido la sensibilidad, a pesar de todas las carencias, pero este tipo de gestos son tan raros, que tardé un par de segundos en responder.

Además, casi aterrizaba desde otro país donde los abusos sexuales hacia niños y niñas son bastante comunes, incluso dentro de la misma familia, y se me saltaron las alarmas.

En definitiva, montamos, y fue todo como en un cuento de hadas.

Comparto la anécdota porque es, en primer lugar, mi mejor manera de agradecerle a este señor, cuyo nombre ni pregunté por discreción, y en segundo lugar, una exhortación a todos aquellos que cuentan con un medio de transporte y viajan por las calles con sus asientos vacíos, mientras otros caminamos a veces hasta kilómetros en su misma dirección.

Aunque por estos días la coyuntura del país es ciertamente compleja, este tipo de actitudes no deben ser privativas de este momento, sino hacerse costumbre.

Para mí fue un alivio, aunque la distancia fuera corta, y más que nada, una alegría por constatar a mi regreso que seguimos teniendo valores que no puede destruir ninguna crisis.

A usted, que tiene el privilegio —porque en este país es un privilegio— de tener un auto, lo exhorto a que realice, al menos, una obra de caridad al día. No importa si profesa alguna fe, hágalo por su propio beneficio espiritual. Como me dijo ese desconocido, ese día pondría la cabeza en la almohada con mayor tranquilidad, y eso es algo invaluable.
